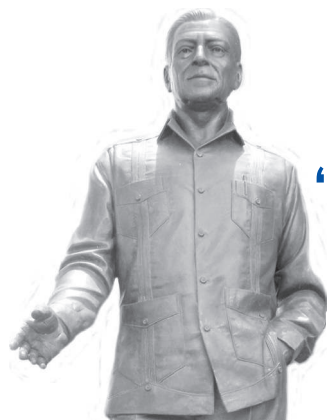




“El Marungo”

Don Manuel Sánchez Silva

(12 de julio de 1959)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2635

DOMINGO 28 DE MARZO DE 2021

*País de volcanes (2003), de Vicente Rojo,
fuente escultórica en Avenida Juárez del
Centro Histórico de la Ciudad de México.*



ESCRIBEN: Christian Mora, Adriana Malvido, Salvador Velazco, Eréndira Cortés,
Brandon Enciso, Norma Navarrete, Leopoldo Barragán y Carlos Caco Ceballos.

El origen de las ideas*

III/IV

Christian Mora

VI Carlos perdió la noción de saberse dormido o despierto. Si estaba despierto, el nivel de alucinaciones había llegado al desbordamiento. De otra forma no podría explicarse qué hacía la joven acostada a su lado. Ella lo vio abrir los ojos y le regaló una sonrisa tierna, muy distinta al rostro de ciervo que Carlos le había visto en el sueño.

—Por fin despertarse —dijo ella levantándose de la cama. La joven vestía en ropa interior; la luz mañanera del sol le permitía a Carlos verla en todo su esplendor.

—¿Qué te pasa? —preguntó la joven entre risas—. ¿Por qué me ves así?

Carlos no respondió, prefirió ver cómo ella se vestía con su ropa para andar en casa.

Ojalá esto fuera cierto, pensó Carlos. Todo a su alrededor parecía normal, por lo que la teoría de estar alucinando a la joven tomó fuerza. Ella salió de su habitación y él estaba seguro de que no volvería a verla, pero al caminar hacia el comedor no sólo seguía ahí, sino que había un niño sentado junto a ella.

—Papá, por fin despertaste.

Ah cabrón, pensó, *esto sí está loco*.

—Siéntate, mi amor —dijo la joven, levantándose de la mesa—. No tarda en estar el desayuno.

Ella se acercó a besarlo y continuó su paso hacia la cocina. Carlos obedeció a su mujer y tomó asiento frente al niño. Tal como en los sueños, todo comenzó a tener sentido. Se había casado chico con su novia adolescente embarazada. Ahora era un trabajador responsable que se levantaba tarde los domingos para recuperar las horas no dormidas entre semana.

La esposa se acercó con la charola del desayuno servido. Tres platos de chilaquiles y tres vasos con jugo de naranja. La joven, tomó la mano de Carlos con su derecha y con la otra comenzó a desayunar. Él, sonriente, hizo lo mismo. David, el hijo, tomaba el jugo de naranja jugueteando con sus pies inquietos.

—Papá —dijo entre sorbo y sorbo—, iremos a la laguna ¿verdad?, lo prometiste.

Claro, la laguna, pensó Carlos. Le había prometido a su hijo llevarlo el domingo.

—Por supuesto. En cuanto termine el desayuno y me bañe, nos vamos.

—Sí, sí —gritó el niño emocionado, saltando de la silla y corriendo a su cuarto para cambiarse.

La sensación de algo raro ocurriendo volvió a Carlos cuando tomó su toalla para bañarse. Entró en la regadera y dejó correr el agua por su cuerpo mientras pensaba. Las manos de su mujer lo abrazaron por la espalda, colocándose sobre su pecho.

—¿Te pasa algo? —preguntó ella recargando la cabeza sobre el hombro de Carlos.

—No sé —respondió él—. Es como si algo no estuviera bien.

Ella lo giró y ambos quedaron de frente. Se besaron bajo la regadera y Carlos olvidó sus pensamientos.

—Ahora eres mío —dijo la joven, jugueteando con el cabello de Carlos— y eso es lo único que importa.

Una hora después, Carlos manejaba su auto con la joven de copiloto y el niño David

con la cabeza asomada entre los dos asientos delanteros.

—¿Ya llegamos? —preguntó David entusiasmado.

—Ya casi —respondió su madre.

A los pocos minutos llegaron a la caseta de cobro para entrar a la laguna. En cuanto terminaron de estacionarse, el niño abrió la puerta y salió corriendo para apartar una mesa lo más cercana a la laguna. Carlos cargaba una hielera con la comida y unas cuantas cervezas. Su mujer le ayudaba con los desechables. Él depositó la hielera sobre la mesa escogida por su hijo y se disponía a abrir la primera lata cuando David lo interrumpió.

—Papá, ¿podemos ir a las cuevas?

—¿Las cuevas? —preguntó extrañado—. No recuerdo ningunas cuevas.

—Sí, papá, las cuevas.

Carlos miró a su mujer esperando su aprobación.

—Vayan ustedes— dijo ella—, yo mientras acomodo las cosas.

Padre e hijo caminaron por un sendero empinado rodeado de árboles.

—Ahí están —dijo David señalando con el dedo.

—Ah, es verdad, con que aquí hay cuevas, ¿cómo supiste de ellas?

—Ella me llevó hace años...

—¿Ella, tu mamá? —Carlos arqueó las cejas.

—Ven, vamos —respondió el niño jaloneando a su padre de la mano. David, desesperado por la lentitud de su padre, lo soltó para correr.

—No, espera —caminó de prisa tras él.

Al entrar, la sensación extraña volvió. Carlos miró a su alrededor y no comprendió dónde se encontraba. Las paredes rocosas estaban adornadas con huesos humanos, de niño, pudo concluir por el tamaño. Carlos quedó ensimismado viendo la cantidad de huesos que se extendían hacia la oscuridad en el interior de la cueva.

—Papá, ayúdame, papá, por favor.

—¿Dónde estás? —gritó angustiado

—Aquí, me caí.

Carlos caminó lentamente. Quería correr tras David, pero la oscuridad podría hacerlo caer como a él.

—Háblame... no puedo verte.

—Aquí estoy —contestó entre llantos—. Ayúdame.

Carlos se agachó y continuó gateando, seguro de que pronto no encontraría suelo por el cual moverse y así fue. Había llegado a un precipicio del cual desconocía la profundidad.

—David, David, ¿me escuchas?

De pronto se sintió confundido. ¿A quién le gritaba si estaba seguro de que hijos no tenía? Una carcajada comenzó a subir por el precipicio y antes de poder echarse hacia atrás, a pesar de la oscuridad, Carlos vio cómo la joven lo tomaba de la camisa y lo llevaba hacia el fondo.



Al entrar, la sensación extraña
volvió. Carlos miró a su alrededor y no comprendió dónde se encontraba. Las paredes rocosas
estaban adornadas con huesos hu-
manos, de niño, pudo concluir por
el tamaño. Carlos quedó ensimis-
mado viendo la cantidad de huesos
que se extendían hacia la oscuri-
dad en el interior de la cueva.

*Obra escrita impulsada por la Secretaría de Cultura a través del Apoyo a Instituciones Estatales de Cultura (AIEC) 2020.

A las nueve en punto



¡Viva Isela Vega hijos de la decencia!

Salvador Velazco

Este pasado 9 de marzo, a los 81 años, murió Isela Vega, quizá el mayor símbolo sexual del cine nacional en el siglo XX. Para los que fuimos adolescentes en la década de los setenta, la recordaremos por su participación en películas “prohibidas” (para los menores de 18, claro está) como *Las reglas del juego* (1970), *El festín de la loba* (1972), *El llanto de la tortuga* (1974), *La india* (1974), entre otras. Desde luego teníamos que pintarnos el bigote, hacer la voz gruesa, sobornar a los boleteros, conseguir una identificación falsa o, simplemente, ya en la desesperación, burlar la vigilancia en la puerta de los cines para poder ver esas películas en donde los desnudos de Isela Vega estaban garantizados. Lograr verla como Dios la trajo al mundo, emanando toda esa sensualidad y belleza, era una hazaña digna de ser presumida a los amigos. La verdad era que el cine de Isela (permítanme llamarla solo por su nombre) rompía tabúes sociales que no alcanzábamos a comprender del todo, así como poco entendíamos que desnudarse ante la cámara pudiera ser un acto subversivo, un acto político en el contexto de una sociedad que reprimía (y reprime) la libertad sexual y la libre expresión del cuerpo femenino.

He modificado ligeramente el título para esta colaboración de una crónica que escribió Carlos Monsiváis, “Isela Vega. ¡Viva México hijos de la decencia! (Del nuevo status de las ‘malas palabras’)”, a propósito de la participación de la actriz en la obra de teatro *Juegos de amor* (Wilberto Cantón, 1976), publicada en *Amor perdido* (México, Era, 1977, páginas 319-346). Como lo señala Monsiváis, gran parte de la trayectoria artística de Isela estuvo envuelta en el escándalo y el enfrentamiento con los sectores conservadores de este país que la tildaban de inmoral no solo por sus desnudos, sino por su lenguaje altisonante y vulgar. Isela, malhablada y valiente como lo fue siempre, les contestaba: “No creo sino en la libertad del cuerpo [...], a mí me han tachado de inmoral porque me desnudo. Yo quisiera preguntar a cada uno qué entiende por moral. Para mí es inmoral la corrupción política, el engaño, el robo de urnas...” (declaraciones que hizo en 1973 a Elena Poniatowska en una entrevista). Nunca podría ser más obsceno e inmoral el desnudo de una mujer que la podredumbre de una clase política sin escrúpulos.

Se le atribuye a Ana Luisa Peluffo el ser la primera actriz que hizo un desnudo en el cine mexicano en *La fuerza del deseo* de 1955. En este melodrama Peluffo interpreta a una modelo que posa sin ropa dejando que la cámara se detenga en su cuerpo estático y estilizado. Mostrar el cuerpo de la mujer sin movimiento fue la manera en que la censura empezó a permitir desnudos en la pantalla grande. Sin embargo, mucha gente se escandalizó y protestó por lo que consideraba ser una “desvergüenza”. A decir verdad, Peluffo fue una osada precursora del cine de desnudos que se consolidaría en la figura de Isela Vega años más tarde. En la década de los sesenta, Isela iniciaría su carrera cinematográfica al lado de nuestro don Juan, Mauricio Garcés (*Don Juan '67*) y nuestro James Bond, Julio Alemán como Alex Dinamo (*SOS conspiración bikini*, 1966). En *Las pecadoras* (1967), película rodada

en locaciones de Puerto Rico y la República Dominicana, Isela hizo unos desnudos que fueron censurados para el estreno en México. En realidad, habría que esperar hasta el sexenio de Luis Echeverría Álvarez (1970-1976) para se diera una proliferación de desnudos femeninos sin mayor censura.

El cine de ficheras se benefició de esta liberación de la censura. La misma Isela Vega participó en varias de estas películas que hacían una patente cosificación del cuerpo femenino: *Las cariñosas* (1978), *Muñecas de medianoche* (1978), *Las tentadoras* (1980), *La pulquería* (1980), por citar algunos títulos, y en las que trabajó al lado de Sasha Montenegro, Lyn May, Angélica Chaín y Rebeca Silva, divas consagradas en este género. Sin duda, Isela decidió mostrar su cuerpo en los filmes de ficheras como en otros que podrían considerarse de aliento artístico porque, para ella, desnudarse ante a la cámara era un acto de libertad, un *performance*, una forma de rebelión frente a las convenciones sociales. Dicho de otro modo, si su cuerpo desnudo es el objeto del placer masculino en cintas aparentemente anodinas como las de las ficheras, ese mismo cuerpo tendrá una funcionalidad distinta en películas que buscan romper tabúes de la sociedad mexicana, tales como la sexualidad explícita, la homosexualidad, el hermafroditismo, la pederastia, el incesto, la violación, entre otros.

Isela Vega no se encasilló en el cine de bikinis y ficheras. Fue una actriz solvente que tuvo presencia tanto en películas B (estrictamente comerciales) como en películas de autor, lo que le permitió tener una gran versatilidad. Con respecto a películas de una mayor ambición estética y expresión personal, Isela trabajó con directores de la talla de Roberto Gavaldón (*El hombre de los hongos*, 1975), Arturo Ripstein (*La viuda negra*, 1977) y Jaime Humberto Hermosillo (*Las apariencias engañan*, 1977). Por otra parte, Isela fue una actriz transnacional que se movió entre México y Estados Unidos. Para mí, uno de sus mejores trabajos en el cine lo hizo en el papel de Elita, en *Bring me the head of Alfredo García* (1973), dirigida por el estadounidense Sam Peckinpah. En breve, su trabajo actuarial fue reconocido por la Academia Mexicana de Artes y Ciencias Cinematográficas al otorgarle tres premios Ariel. Uno de estos galardones fue por su actuación como doña Lupe, la dueña del burdel de San Pedro de los Saguaros, en una película que marcó un hito por su corrosiva representación del sistema político nacional, *La ley de Herodes* (1999) de Luis Estrada.

Isela Vega tuvo una carrera en el cine, teatro y televisión que abarcó aproximadamente seis décadas. Además de participar en una gran cantidad de películas, fungió como productora, guionista y directora de *Las amantes del señor de la noche* (1983), una cinta con una propuesta feminista. En este sentido, formó parte de un movimiento de cine hecho por mujeres que cobraría gran fuerza en la década de los ochenta. En mi opinión, Isela pasará a la historia del cine mexicano porque fue una mujer que le dio legitimidad al cuerpo femenino como un estandarte en la lucha por la liberación sexual.

¡Viva Isela Vega!



Isela Vega, símbolo sexual del cine mexicano.

“No creo sino en la libertad del cuerpo [...], a mí me han tachado de inmoral porque me desnudo. Yo quisiera preguntar a cada uno qué entiende por moral. Para mí es inmoral la corrupción política, el engaño, el robo de urnas...”. Isela Vega.



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

“El Marungo”

Don Manuel Sánchez Silva

(12 de julio de 1959)

Entre los 60 alumnos que en 1914 integraban el tercer año de primaria de la Escuela Superior “Ramón R. de la Vega”, figuraba un muchacho de nombre Cirilo Gómez, conocido por el apodo de “El Marungo”.

Tendría por aquel entonces once o doce años. Era delgado, pálido hasta la transparencia, de facciones agradables, donde una que otra huella de viruela y dos ojillos azules y traviesos, contribuían a imprimirle cierta gracia.

Cirilo era casi inválido, pues había nacido con las manos privadas de la mayor parte de dedos. En la izquierda tenía pulgar, índice y meñique, y en la derecha únicamente contaba con los dos primeramente mencionados. En los sitios donde naturalmente deberían hallarse los dedos, aparecían unas pequeñas bulbosidades redondas y blandas.

Esa deformidad afectaba el buen humor del muchacho, a pesar de constituir un tema constante para las bromas, comparaciones burlonas y hasta sarcasmos de sus compañeros de grupo, que, dicho sea de paso, formaban una admirable colección de insoportables diablillos, apenas y con dificultad contenidos por la energía inflexible del maestro Francisco Z. Pérez, quien, dicho sea también de paso, en cuanto sus alumnos presentaron examen de fin de año, se lanzó a la revolución, donde sentó plaza de soldado raso y ascendió, grado a grado, hasta el de general de brigada. Cuando los azares de la guerra le permitieron disponer de tiempo, el maestro revalidó en México su carrera magisterial por los estudios preparatorianos e ingresó en la facultad de leyes, donde adquirió el título de abogado, siendo así uno de esos raros ejemplos en que los lauros del soldado no ensombrecieron, en el hombre, las palmas de la ciencia.

En el transcurso de ese tercer año de primaria, el profesor Z. Pérez reveló su personalidad contradictoria: duro, tal vez a extremo de crueldad, y sentimental hasta el romanticismo. Poseía la facultad de transmitir sus pensamientos y su cultura mediante un sistema propio, que empezando por absorber la atención de sus educandos acababa por instruirlos y embelesarlos a un mismo tiempo. Componía versos y era justo, lo mismo para premiar que para castigar y sus discípulos sabían muy bien que un comentario de aprobación o una frase de aliento representaban un justificado motivo de orgullo, como también conocían por dolorosa experiencia la velocidad y puntería de aquellas manos morenas y nerviosas, tan prestas siempre a distribuir equitativos coscorrónes. ¡Y cuántos los recibieron por causa de El Marungo!, a quien el maestro frecuentemente se veía en el caso de intervenir para defenderlo de las vejaciones y chanzas injuriosas de que lo hacían víctima sus compañeros de clase.

Por otra parte, Cirilo disfrutaba de generales simpatías por su inteligencia vivaz y su carácter sencillo, humilde e inalterable. Era un estudiante mediocre en todas las materias excepto en aritmética, donde sobresalía por su habilidad para el cálculo mental y su envidiable facilidad para asimilar las complicadas operaciones de la regla de

tres y de la raíz cuadrada. Cuando apenas los alumnos empezaban a plantear un problema, ya Cirilo se levantaba triunfante de su banca, agitando en la mano la solución correcta.

En cuanto a cálculo mental, El Marungo era una auténtica maravilla; multiplicaba cantidades de dos y tres cifras y adicionaba con mayor rapidez que una máquina sumadora.

Gracias a su dominio de la aritmética pasó año y de igual manera el cuarto, quinto y sexto, pero como su familia era sumamente modesta y su padre se ganaba la vida vendiendo verduras y frutas en un “manteado” que levantaba todos los días frente a La Sangre de Cristo, Cirilo no pudo continuar sus estudios, viéndose en la necesidad de trabajar para contribuir al sostenimiento de los suyos.

Al terminar la enseñanza primaria, Cirilo recibió su certificado y, al día siguiente, comenzó una nueva existencia. Provisto de un gran canasto que equilibraba sobre su hirsuta cabeza, recorría las calles de la ciudad, se estacionaba en los portales y jardines, y esperaba frente a las escuelas la salida de los chicos, para ofrecerles su variada mercancía: peras, duraznos, cajetas, tejocotes, ciruelas, perones, “ates” morelianos, alfajor de coco y otras muchas golosinas que en su mayor parte fiaba, llegando a adquirir una clientela numerosísima y, consecuentemente, una cantidad de deudores que hubiera aterrado a otra persona menos confiada y ecuaníme que Cirilo, el cual llevaba en la memoria la cuenta de cada quien, sin equivocarse jamás.

Cuando por mala fe o travesura alguien trataba de enredarlo, salía invariablemente derrotado:

—Aquí tienes un peso a cuenta, Marungo. Te salgo debiendo seis cuarenta...

—Me sales debiendo siete ochenta, respondía el interesado, mirando a su interlocutor con sus ojillos maliciosos.

—Acuérdate bien, insistía el otro.

—Acuérdate tú, remachaba Cirilo. Primero te llevaste dos panes de guayabate, uno veinte; luego un kilo de perones, noventa centavos; en seguida completaste dos pesos de naranjas y manzana rosa, después compraste nueces por valor de uno cincuenta, y, por último, dos latas grandes de “chongos”, que a uno sesenta son tres veinte, total: ocho ochenta. Me das un peso, te quedan siete ochenta... ¡Enséñate a sumar...!

Y ya no había manera para seguir discutiendo.

Por espacio de muchos años se hizo popular en Colima la figura desmedrada de El Marungo, canasto en la cabeza y en una mano las “tijeras” que abría para colocarlo, pero a partir de 1920 se le vio cada vez más pálido y enjuto. Le costaba un gran esfuerzo levantarse o bajar su comercio ambulante y tosía con frecuencia. Por fin, se le declaró una tuberculosis que lo llevó prematuramente a la tumba.

Y así acabó su existencia un pobre muchacho, extraordinariamente bien dotado para la ciencia de los números, que habría llegado a dominar de haber contado con medios para estudiar y vivir.



Era un estudiante mediocre en todas las materias excepto en aritmética, donde sobresalía por su habilidad para el cálculo mental y su envidiable facilidad para asimilar las complicadas operaciones de la regla de tres y de la raíz cuadrada. Cuando apenas los alumnos empezaban a plantear un problema, ya Cirilo se levantaba triunfante de su banca, agitando en la mano la solución correcta.

El adiós de un pintor eterno

Adriana Malvido

Sucedió el 27 de julio de 1981. Vicente Rojo estaba a dos días de inaugurar una exposición en el Museo de Arte Moderno y llegué a su estudio para entrevistarlo. Cuando vio la lista de preguntas en mi libreta del unomásuno alzó las cejas y me propuso con absoluta seriedad: “Tu escribe las respuestas que quieras y di que son mías”.

Siempre cálido y gentil, se negaba a dar entrevistas, por temor, decía, a no saber expresarse con palabras. Pero el hechizo se conjuró mientras trabajaba en la Revista de la Universidad, cuando Margarita García Flores le pedía todos los días entrevistar-lo, hasta que él le preguntó por qué tanto interés. Para su sorpresa ella le respondió que porque le pagarían los 600 pesos que realmente necesitaba. Entonces sí accedió.

Aquella mañana accedió al ver mi cara de susto y dijo: “Todo lo que he hecho son pasos para alcanzar una imagen inalcanzable”. Expondría sus series: Señales, Negaciones, Recuerdos y México bajo la lluvia. Rodeado de pinturas, pinceles, tijeras y recortes confesó: “Siempre tengo la sensación de que estoy empezando, de que el niño que fui todavía no ha crecido”.

Vicente Rojo nace en Barcelona en 1932, pero vuelve a nacer a los 17 años cuando llega a México, donde la libertad y la luz lo deslumbran para siempre. Y lo hacen pintor, diseñador gráfico, escultor... En su libro *Puntos Suspensivos. Escenas de un autorretrato* (Ediciones Era/El Colegio Nacional, 2010) revela los motivos de su asombro: “El hombre en llamas” de Orozco y una iglesia en Tonantzinla; el arte prehispánico y los dulces de Celaya; Lázaro Cárdenas, Consuelito Velázquez y Diego Rivera en la SEP; la música de Revueltas y el carnaval de moros y cristianos en Huejotzingo; el color en Tamayo, el

imaginario de Posada, los judas de la familia Linares, la prosa de Martín Luis Guzmán... Y en Bellas Artes, donde trabajó, la música de Chávez, el teatro de Novo, las exposiciones de Gamboa, la creatividad de Covarrubias, el Zapata de Guillermo Arriaga o María Callas ensayando *Aída*. Tan inolvidable escuchar por la radio la ópera dominical, como a Los Panchos cantando “Sin un amor, la vida no se llama vida”.

Rojo honra a sus maestros: Carlos Prieto, quien

le enseñó el valor de la discreción, la sobriedad y la calidez, Arturo Souto, Juan Soriano o Fernando Benítez que le atribuyó “la aurora, la inconformidad y la esperanza”. A su generación, denominada “Ruptura”, prefiere llamarle “Apertura”. La integran en los años 50, como escribió Paz, jóvenes decididos a “restablecer la circulación universal de las ideas y las formas”, los que se atrevieron a abrir las ventanas por las que el aire del mundo penetró en México. Para Luis Cardoza y Aragón, Rojo es, en este sentido, “la figura destacada más radical”.

En el mismo libro el artista tiene un gesto insólito de generosidad con el periodismo cultural y consiste en retomar, de las

entrevistas que le han hecho a lo largo de su trayectoria, aquellas respuestas y titulares donde se reconoce, utilizarlos para armar sus notas autobiográficas y concluir, con la humildad de los grandes, que “todas las ideas nos corresponden a todos”.

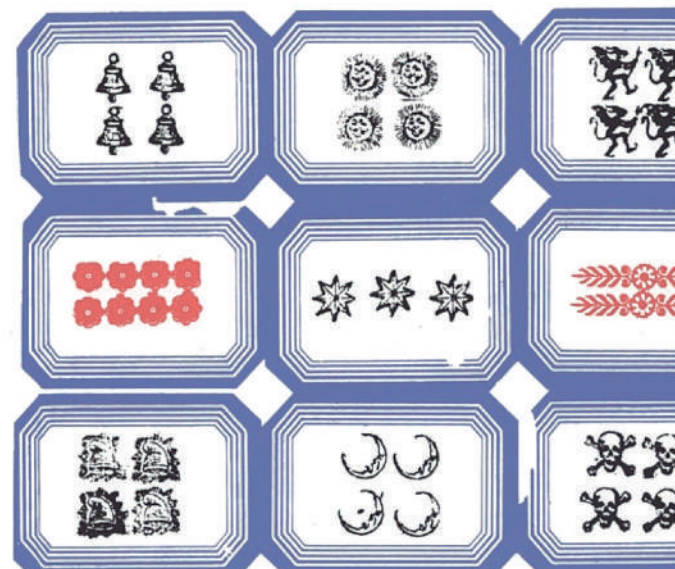
Por su autorretrato en tinta pasan los escritores, músicos, creadores de cine y poetas que tanto lo enriquecieron con su obra y su amistad. Y describe una escena entrañable con Juan García Ponce, quien, desde su lecho de enfermedad, le dice con una sonrisa: “No te preocupes, somos eternos”. Tenía toda la razón.

adriana.neneka@gmail.com

El artista plástico Vicente Rojo (1932-2021), al frente de una de sus esculturas.



GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ CIEN AÑOS DE SOLEDAD



Vicente Rojo ilustró las portadas de decenas de libros, quizás la más famosa fue para la primera edición (1967) de *Cien Años de Soledad*, la novela de Gabriel García Márquez en la que Rojo puso una críptica ‘e’ al revés en la palabra soledad.



Pérgola Ixca Cienfuegos (2008), escultura de acero en honor a los cincuenta años de *La región más transparente*, novela de Carlos Fuentes. Mide 2 metros de ancho y 100 de largo. Está ubicada en el camellón central de la Av. Ejército Nacional, en Ciudad de México.



Volcán apagado (2003), escultura en bronce de Vicente Rojo, instalada en el jardín frontal del antiguo Hospital Civil de la ciudad de Colima.

Hasta los tímpanos

Extravío

Eréndira Cortés



Dejar Cartagena no sólo significó renunciar a Carmen, ella no sería la única pérdida.

Tras recibir su primer salario fue a enviarle unos pesos a su familia, quiso escribirle una carta a Carmencita, pero fueron más las ganas de echarse un trago para olvidar sus penas. De esa decisión se arrepentiría toda su vida.

En la cantina sonaban las rancheras que tanto le gustaban a su amor. Ahí conoció un buen camarada que le invitó otra ronda, eso al menos es lo último que recuerda. Al día siguiente lo despertaron los rayos del sol en la cara, vaya a saber cómo fue a terminar en esa esquina hedionda a orines de perro y de borracho. Preocupado se llevó la mano al cuello, pero ya no traía el nazareno. Sacudió como loco las ropas y los cartones sobre los que amaneció, todo en vano. Se habían llevado la cadenita, el recuerdo máspreciado de Carmen, aún más que su retrato y su pañuelo.

Esa reliquia familiar que nunca se quitaba su morenita consentida, se la había heredado su mamá antes de morir y a su madre su abuela. Pero Carmencita lo amaba tanto que rompió la tradición y la noche en que su amado tuvo que partir a buscar mejor suerte, le echó

los brazos al cuello y le puso la cadena mientras le decía “nunca me olvides”.

Fue tanto el remordimiento que en cuanto juntó algo de dinero le escribió: “...por eso no voy a olvidarte, si ahora te llevo dentro Carmen, muy dentro de mi pecho, a ti y al nazareno...”. Por supuesto, decidió omitir lo de los tragos, para qué preocuparla si después de todo la cadena estaba extraviada, pensar eso le daba la esperanza de recuperarla algún día. Para su mala fortuna eso nunca sucedió, la carta nunca llegó a su destino y él nunca volvió a saber de Carmen.

Pero no todo en esta historia fue tragedia. Aquella noche Luchito salió de la cantina esperanzado y convencido de que algún día volvería a su tiempo con los suyos. Encontrarse una medalla del nazareno y en ese país era señal de que lo lograría. Cuando por fin pudo reintegrarse, nadie de su familia le creyó su hazaña futurista, lo importante para ellos era tenerlo de vuelta, pues ya hasta lo daban por muerto. Ya en sus últimos años, decidió obsequiarle el nazareno a su hija la más chica: “para que siempre nos recuerdes a tu madre y a mí”, y ella tenía pensado hacer lo mismo con su hijita Carmen, sólo que la vida se le acabó pronto, y la niñita de apenas siete años heredó pronto la cadena.



Videojuego y cómic en clases de literatura

II/III

Brandon Enciso Alcaraz

Como lo comentaba en mi columna anterior, el cómic y el videojuego pueden ser grandes aliados a la hora de las clases de literatura, pese a ello, no ignoro los problemas que la introducción de estos dos medios representan para más de un escenario.

El videojuego sería el que tiene el problema mayor. Los equipos para jugarlos y el precio de los mismos serán sin duda un impedimento en más de una ocasión, pero ello no imposibilita su uso. Muchos títulos independientes son de bajo costo, e incluso los hay gratuitos, y gracias a su simplicidad pueden ser usados en prácticamente cualquier equipo.

Sí, me encantaría poder llegar con mis alumnos y darles como tarea extra completar el arco de Blood and Wine en The Witcher 3 y pedirles analizar la deconstrucción de la idea de la profecía, o la historia de Arthur Morgan en Red Dead Redemption 2 para debatir sobre el western crepuscular, pero sería pedir demasiado y, una vez más, los escenarios donde esto sea difícil, cuando no imposible, serán la mayoría, y no por falta de capacidad intelectual del alumnado, sino por la falta de los medios para acceder a estos dos grandes títulos.

Entonces ¿qué videojuegos pueden funcionar como material auxiliar en las clases de literatura? Estoy seguro que cientos, pero aquí recomendaré sólo algunos de los que tengo pleno conocimiento.

El primero de ellos, Device 6, una corta aventura de misterio donde deberemos, mediante lecturas interactivas, resolver un caso de pérdida de memoria en un extraño castillo. Otro digno de revisarse sería Plug & Play, una historia simbólica de la que sin duda se pueden sacar muchas lecturas, y que siempre vale la pena debatir luego de conocerla. Como nota, estos dos títulos pueden jugarse en

prácticamente cualquier celular, y están disponibles en inglés también, por lo que incluso, al estar tan basados en la lectura para su desarrollo, podrían trabajarse también como parte de la materia de esta lengua.

Otros títulos que son sin duda atractivos y que pueden trabajarse sin demasiados problemas serían los de Alone in the dark, cuya atmósfera bebe directo

de las obras de Edgar Allan Poe y H.P. Lovecraft. Tenemos también a El conde Lucanor, un pequeño título de aventura que siempre me hace sentir que estoy jugando una de las películas de estudio Ghibli, de cuyo trabajo, por cierto, hablaré después.

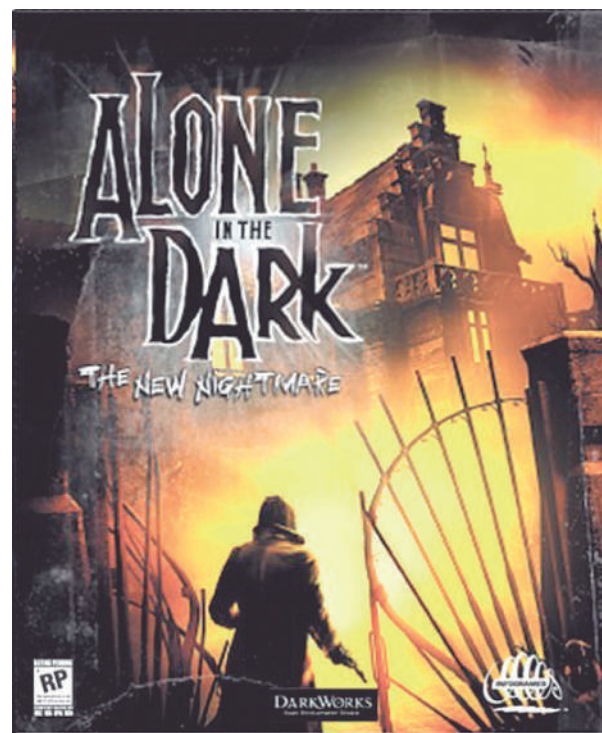
Personalmente, mis recomendaciones máximas en esta categoría de videojuegos de fácil acceso serían Limbo e Inside; aventuras oscuras, sin diálogos, sin instrucciones, sólo nosotros intentando escapar de no sabemos dónde ni por qué, en un mapa por completo hostil, y con finales de lo más desconcertantes y oscuros. Videojuegos

inquietantes en todos sus aspectos y que invito, a quien sea, a probarlos al menos una vez, y en el caso de las clases, siempre será un buen ejercicio leer las historias que los alumnos se creen a partir de una experiencia donde todo el texto parte de la interpretación, pues no hay nada escrito.

Hay muchos títulos más que se podrían recomendar, y quizá el género

de la novela visual sería el más útil con entregas como Doki Doki Literature Club, sin embargo, queda a criterio del docente explorar este medio, el cual debemos empezar a ver como uno de los posibles futuros de la literatura, y un gran aliado en más de una materia.

Y bueno, si usted no es docente ni alumno, no se sienta limitado, pruebe estos títulos, y nos veremos en la próxima semana, ahora con la narrativa gráfica.



Otros títulos que son sin duda atractivos y que pueden trabajarse sin demasiados problemas serían los de Alone in the dark, cuya atmósfera bebe directo de las obras de Edgar Allan Poe y H.P. Lovecraft.



De sastre a marino

Leopoldo Barragán Maldonado

Serapio Montelón del Pinar, era un joven que había aprendido el oficio de la costura trabajando al lado de su padre, don Lorenzo Montelón y Valencia, anciano sastre que presuntuosamente remontaba su alcurnia por haber realizado algunos trabajos al magnánimo y apasionado don Juan Antonio de Urrutia y Arana, marqués de la Villa del Villar del Águila, pero al desatarse el movimiento de Independencia, y pensando en la tranquilidad de su vejez, abandonó la ciudad de Querétaro, trasladándose al puerto de Veracruz. Al cabo de unos años, don Lorenzo ya era popular en aquella región, su fama creció al remendar con fina laboriosidad los uniformes de los soldados y oficiales pertenecientes a las tropas del brigadier José Antonio Echávarri, capitán general de las provincias de Veracruz, Puebla y Oaxaca, inclusive se dice que llegó a reparar numerosos chacós, sombreros de copa alta y visera, de la soldadesca peninsular.

La adolescencia de Serapio transcurrió en un ambiente de aparente tranquilidad, y remiendos atrás del mostrador; para aquel jovencito no era extraño observar a uno que otro oficial español que, provenientes de San Juan de Ulúa, llegaban a la sastrería, entablado con ellos cortas y frías conversaciones. Según dicen que contaba su novia Consuelo Purificación de los Ángeles, religiosa y recatada moza oriunda de Boca de Río, Serapio deseaba alistarse en las fuerzas insurgentes, pero le acongojaba ser rechazado por su artesanal oficio, pues ¡qué podía hacer un sastre en el ejército, sino seguir remendando uniformes desgastados! Pero pronto el destino le tendría reservada una sorpresa que cambiaría la vida de Serapio Montelón del Pinar.

Cada fin de semana Serapio, recién bañado, muy perfumado, luciendo sus mejores galas y llevando consigo un modesto ramito de flores, se daba cita con su novia. Un domingo en la tarde, estando sentados en la orilla de la playa mirando el ocaso, la célibe boqueña le comentó a su angustiado novio, que en la panadería donde ella trabajaba había escuchado murmurar a unas empleadas domésticas que atendían la casa natal del ministro de Guerra y Marina, don Antonio de Medina y Miranda, que estaban por arribar al puerto varios barcos de guerra para combatir a los españoles. Refieren unos bañistas que vieron a Serapio saltar de gusto, revolcándose en la arena y que con una piedrecilla trazó un ancla escribiendo sobre el cepo el nombre de su novia, prometiéndole que si llegara a ser marino, volvería a los brazos de su amada. Era tanto el entusiasmo de Serapio que le pidió a Consuelo viniera los domingos a este lugar para que cuando su embarcación navegara frente a Boca de Río, pudiera mirarla aunque sea de lejos; en esos momentos una ligera ola rompió en la playa, la blanca espuma rodeó a los enamorados sin borrar los contornos de aquel dibujo, como anunciando el augurio que le esperaba a Serapio.

Cuando el emperador don Agustín de Iturbide, comprendió que era necesario integrar una Armada para hacer frente a los realistas y lograr su expulsión del país, se enteró de que había llegado a Acapulco, el fogueado capitán Eugenio Cortés y Azúa, de inmediato lo invitó para que se incorporara a los insurgentes. Eugenio Cortés era un oficial sobreviviente de la famosa batalla naval de Trafalgar, que el 21 de octubre de 1805, franceses y españoles trabaron contra la victoriosa escuadra inglesa del genial almirante Horacio Nelson.

El recién creado Ministerio de Guerra y Marina, encomendó al capitán Eugenio trasladarse a los Estados Unidos de Norteamérica, para negociar la compra de algunos buques de guerra y poder contrarrestar los ataques españoles. Después de varios contratiempos económicos y roces diplomáticos, el 17 abril de 1822, la goleta *Iguala* provista de 12 cañones, y al mando del teniente coronel John Davis, se fondeaba en las costas de Alvarado, convirtiéndose en el buque pionero de la Armada de México, y por consiguiente en la primera nave de guerra que izó la bandera del México independiente. La goleta fue bautizada con ese nombre para conmemorar el primer aniversario del *Plan de Iguala* con

el que Iturbide proclamó la independencia de la Nueva España, el 24 de febrero de 1821. Las goletas eran buques de bordas muy ligeras parecidas a los bergantines, generalmente tenían dos palos, el de mesana y el mayor, pero la característica principal consistía en que su aparejo estaba formado por velas cangrejas y escandalosas.

Por aquellos tiempos la mayor parte de las tripulaciones estaban conformadas por marinos extranjeros, especialmente norteamericanos e ingleses, pero esta circunstancia no desanimó al sastre Serapio, quien decidió presentarse al comandante de la *Iguala*, para darse de alta como marino. Se cuenta que cuando el capitán de la goleta interrogó a Serapio, no dudó en contratarlo, comentándole que las pocas unidades navales mexicanas estaban requiriendo hombres de mar para formar tripulaciones. A partir de entonces, Serapio dejó de ser sastre para convertirse en marino al servicio de la Armada de México. Por su experiencia se le encomendó restaurar las velas y coser las banderas, advirtiéndole que además aprendería a distinguir los pabellones y las insignias de los buques extranjeros, y por si fuera poco, identificar las banderas de los códigos de señales nacionales e internacionales, y realizar las faenas que se le encomendaran. Una vez alistado como marino, y debido a los frecuentes nortes que azotaban las costas del Golfo de México, Serapio inspeccionaba las condiciones del velamen, revisando con esmero las velas escandalosas del bauprés, luego examinaba cuidadosamente las velas cangrejas, los velachos y las de juanete de los dos mástiles.

La endeble paz que gozaba el puerto, cambió súbitamente a partir de un zafarrancho en las inmediaciones de la isla de Sacrificios, y la terquedad del comandante de la fortaleza, el brigadier Francisco Lemaur, que en septiembre de 1823, ordenó a los artilleros peninsulares bombardear Veracruz. Posteriormente, piezas de artillería emplazadas en el puerto, junto con una pequeña flotilla de barcos de la naciente marina de guerra mexicana, entre las cuales destacaba la goleta *Iguala*, abrieron fuego sobre la robusta y bien artillada fortaleza de San Juan de Ulúa, algunos disparos dieron en el blanco ocasionando daños menores, y otros cayeron al mar. Ese día, Serapio se integró como abastecedor de municiones en una dotación de artilleros que disparaban uno de los doce cañones de la goleta; por primera vez escuchaba el tronar de las andanadas del buque insignia, olía la pólvora de los explosivos, y sentía cómo el humo negro de los estallidos se impregnaba en su cara.

La isla de Sacrificios servía de abrigo a los buques averiados o que buscaban protección de los fuertes vientos. Cuando Consuelo se enteraba de que la *Iguala* estaba en la isla, a escondidas salía de su casa para ir a Veracruz con la esperanza de ver, a la distancia, al amor de su vida. En cierta ocasión, un poderoso norte sorprendió a la goleta, causándole severos daños, el viento y la marea sacudían violentamente al buque, los marinos rodaban por la cubierta, toneles con agua potable y costales de harina se fueron a fondo, por lo que su comandante optó resguardarse en Antón Lizardo, para capotear el temporal, y reparar las averías.

En una cerrada noche del mes de noviembre, y con la mar agitada, Serapio, impulsado por el deber de mantener en buen estado el velamen de la *Iguala*, cayó del bauprés, las fuertes corrientes alejaron al infortunado marino, cuyos gritos de auxilio no fueron escuchados por quienes montaban guardia. Al día siguiente, en el pase de lista faltaba Serapio Montelón del Pinar, se creía que había aprovechado la oscuridad para desertar, como muchos lo hacían, por las pesadas condiciones, carencias y enfermedades de la vida a bordo. Dicen que un domingo se encontraba Consuelo en aquel lugar de Boca de Río, recordando la promesa de su novio y el dibujo que Serapio había trazado en la arena, cuando una ola dejó el cuerpo sin vida del marino a los pies de la beata y recatada señorita Consuelo Purificación de los Ángeles, que desde ese trágico día, todos los domingos dejaba sobre la arena un pequeño ramito de flores, manteniéndose soltera el resto de sus días.



El primer barco de la Marina de Guerra Mexicana fue la goleta Iguala, adquirida en Delaware, Estados Unidos. Arribó a México en abril de 1822.

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Semana Santa

Carlos Caco Ceballos Silva

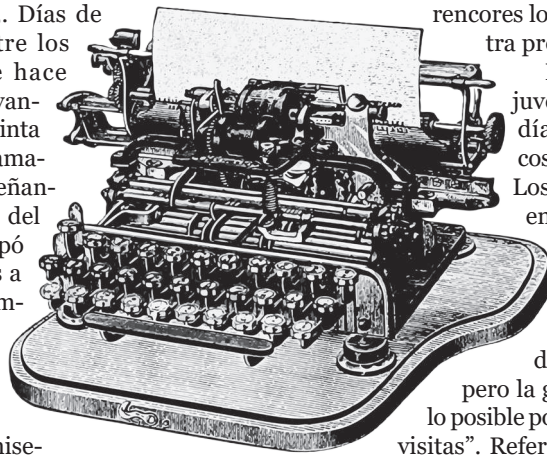
PRIMAVERA 1993. Días de luto mundial entre los cristianos desde hace 1960 años. Los evangelios nos dicen que a los treinta y tres años, Jesús, el buen samaritano y el que con sus enseñanzas y ejemplos fue la base del nuevo testamento que agrupó por aquellos lejanos ayer a los perseguidos, a los desamparados, a los enfermos y en general a todos los pobres, y conforme han pasado los años y los siglos los ejemplos de bondad, misericordia y amor que nos legó Jesús, han hecho que el cristianismo esté engrandecido de diferentes sectas, pero todas ellas teniendo al Jesús de Nazareth como la imagen de Dios que desde nuestra niñez lo tenemos como guía y como el final de nuestras vidas, para llegar cerca de Él en nuestra próxima jornada.

Eran los tiempos del emperador Tiberio cuando la Judea era una provincia romana, ahí nació Jesús, de una familia pobre, su infancia transcurrió como la de cualquier niño carente de recursos; más grandecito fue ayudante de su padre el carpintero y ya hombrecito empezó su vida de predicación, dándonos ejemplos de bondad, sabiduría y caridad, y que desgraciadamente para nosotros no la hemos conseguido, continuando de adoradores del “becerro de oro” y de los pecados o maldades que nos alejan de nuestros semejantes, y desde luego, de las enseñanzas y ejemplos de Jesús, que él sufrió y padeció por todos nosotros.

Su padecimiento empezó después del domingo de la entrada a Jerusalén, donde fue recibido por las muchedumbres con aclamaciones y palmas, y esto fue la gota que derramó el vaso de la envidia y el temor de los sacerdotes, quienes practicaban las enseñanzas del antiguo testamento y que se fundaba en el temor, muy distinto a lo que practicaba Jesús y que se concretaba en el amor al prójimo, y basadas en la ayuda y misericordia entre todos nuestros hermanos.

Y hoy, después de dos milenios, las muchedumbres seguimos aclamando a Jesús. Los sucesos se repiten diariamente, acudiendo a pedirle favores y otras veces a ensalzarlo y a cantarle las alabanzas, para después volverlo a lastimar y sacrificarlo, pues viviendo alejados de sus enseñanzas, no compartimos nuestros bienes, no ayudamos al hermano en desgracia, somos egoístas y queremos gozar de todas las felicidades, ignorando las apremiantes necesidades de las mayorías.

Sería prudente y urgente que practiquemos menos el egoísmo, desterremos a la avaricia y evitemos la envidia en contra de los triunfadores, y los chocantes



rencores los olvidemos a favor de nuestra propia tranquilidad.

Los recuerdos de mi niñez y juventud me llevan a evocar los días de la Semana Santa, las costumbres casi son las mismas. Los “Domingos de Ramos” los encuentro casi idénticos a los de épocas pasadas. En los “Jueves Santos” han seguido igual de concurridas las visitas a los templos, ignoro de dónde viene la costumbre, pero la gente de la ciudad hace todo lo posible por cumplir las obligadas “siete visitas”. Referente a los “Viernes Santos”, recuerdo los sermones de las “siete palabras” de los sacerdotes, verdaderamente creadores, el padre Silva y el padre Carrillo, que hacían llorar a muchas personas, pues sus parlamentos eran realmente impresionantes y nos trasladaban a las trágicas y dolorosas escenas del camino del calvario y de la crucifixión.

Llegaba el “Sábado de Gloria” y precisamente a las 8 de la mañana se anunciaba la apertura de la gloria con el alegre repiqueteo de las campanas que, habían permanecido mudas durante los “días santos”, y a esas horas en las barriadas empezaba la “quema de Judas” y que en muchas ocasiones se parecía el “Mono”, a algún personaje querido u odiado de la barriada.

Y ahora recuerdo un relato que me platicó mi buen amigo Ismael Bracamontes, que allá por la década de los veinte, don Enrique Alcaraz, hombre rollizo y bonachón, tenía una panadería llamada las Tres B, cuyos panes de huevo eran famosos en el Colima de ayer. Su hermana mayor, doña Pepa, era la “maestra panadera” y la que llevaba la voz de mando, es decir, los “pantalones”, dentro de tan simpática familia. En cierta ocasión, los entonces jóvenes Miguel García Topete, José Campero, Ramón Trujillo y Miguel Saucedo, tenían colgado un enorme “Judas” en el cruzamiento de las calles Degollado y Antonio Díaz, precisamente a una cuadra de la panadería de las Tres B. Toco al inquieto e inteligente Campero leer públicamente ante numerosos vecinos los versos del testamento del Judas que en ese momento se iba a “quemar”, y en que su parte más dramática decía: y a don Enrique Alcaraz, el de modales sencillos, le dejo mis pantalones y un canasto de blanquillos... Doña Tina, una vieja ingenua que muy atenta escuchaba la lectura del testamento, olvidándose de la farsa y sin sospechar siquiera el “doble sentido”, enternecida comentó a su amiga: “Mira, Lolita... ¡seguro porque tiene panadería!”.

Y así eran los sucesos de Semana Santa en Colima, que tan buenos recuerdos nos ha legado.

* *Empresario, historiador y narrador.* †

Domingo 21, primavera

Norma Navarrete

Mañana será veintidós de marzo, un lunes cualquiera. Anna Ajmátova decía algo parecido a que los encuentros tenían que ver con lunes, en día veintiuno.

La primera noche de esta primavera. Las hojas del árbol tienen diferentes matices de verde. Al fondo el cielo despide al día, con azul-marino sin traje. No hay mar. ¿O sí? He asistido a más de tres discursos funerarios de muertos por Covid-19.

¿Qué sabe un suspiro cuando brota si en su pecho, sale con certidumbre la vida? ¿Qué se yo de la fragilidad de las ramas y las hojas del árbol? La luz nocturna pasa sus dedos y pinta de oscuro la ligereza de cada brazo natural. Puedo ver mi reflejo en un dispositivo apagado, toco mi cabello, es incuestionable: Debo darme un tinte.

¿Qué pensarían los demás de mí, al pintar en mis cabellos un arcoíris? ¿Sería capaz de llevar de nuevo mis lentes sin espejuelos a la calle, y mirar a los ojos de los demás? Claro que sí, ahora que está de moda el cubrebocas.

¿Qué pensaría yo de mí, si me atrevo a salir a la calle, con un letrero grande, escrito un poema, sobre papel rasgado, y al frente la tela de una araña que teje palabras y sueños para unir caminos.

¿Qué pensaría el árbol que vive parado, fuera de la puerta de mi casa, ahora que perdió su nido más original?

¿Qué siento yo, después de vivir en cuarentena desde el pasado marzo, de la primavera anterior? Pienso que sigo distraída y escribo para saber un poco más acerca del mundo y de las cosas pequeñas, que se adhieren a nuestra ropa y se asoman por nuestros ojos entre cada pestaña.

Hoy, en la primera noche de primavera, el viento es el de mi ciudad, aunque sea lejano.

Quizá yo, sea el árbol, que vive parado fuera de una puerta, sin nido.

Quizá sea esa rama a punto de romper a llorar, crujiendo de temor a caer, más allá de mis fuerzas. Pronuncio mis palabras al atardecer, para hacer más memorable la soledad con vestido blanco.

Mientras mi ser, esa otra parte de mí, que lleva otro nombre: se mueve en todas direcciones, con playera azul y rizos, de tez oscura.